

más que esto de las duraciones no es tanta objeción como parece, porque entra ya de lleno en el terreno de lo convencional, y de ahí sí que no hay quien se escape: ni las señoras estupendas, ni André Watts, ni yo, que no puedo dar a TRIUNFO una reseña crítica de dos líneas ni de cien folios, sino que tengo que ajustarme a unos límites más o menos explícitos. Límites que, por cierto, estoy transgrediendo, así que punto final. ■
JOSE RAMÓN RUBIO.

CANCION

La sibila de las islas

Creo que fue Simone Weil quien escribió un libro titulado "La necesidad de raíces" y no pude por menos que recordarlo al escuchar el recital de María del Mar Bonet en el Teatre Lliure. Pese al tono alegre de sus cantos populares, a la facilidad aérea de su voz, a los arreglos repescables del guitarra Autaro Rosas, la imagen persistente que surgía del conjunto de la actuación eran raíces.

Por eso renunciaré a tocar aspectos de crítica formal, que sería por supuesto elogiosa, y tampoco ahondaré en la evidente evolución del estilo de María del Mar, desnudándose de efectos, hasta alcanzar la maestría que ya nadie le discute; hablaré, en cambio, de un tema de fondo: la misteriosa fuerza que emana de su canción, se esparce por la sala, y acaba estremeciendo a todo el mundo, no a nivel de oído, sino de piel.

He intentado otras veces explicarme este peculiar magnetismo que aparece en los conciertos de la cantante mallorquina y no había logrado captarlo hasta que di con la imagen de las raíces. Es algo que tiene que ver con el subconsciente colectivo de nuestro pueblo y, por tanto, de absoluta relevancia en un momento, como el presente, en que la esperada autonomía nos va a poner en las manos la responsabilidad de definir qué es y a dónde quiere ir este país.

Y aquí topamos con la necesidad de raíces, porque la identidad de Cataluña o Mallorca no está en las tablas "input-output" de relaciones interregionales que nos propondrá el doctor Trias Fargas, o en las corbatas y faldas impuestas por el señor Tarradellas, ni en las camisetas del Barcelona, aunque éste sea más que un club. Un país es

una relación amorosa con el territorio, un equilibrio ecológico acunado por las fuerzas de la tierra, una comunicación vieja, íntima y maliciosa, como un amor prohibido, entre las personas y su tierra, los animales que les acompañan, las plantas que los rodean.

Todo ello es muy difícil de expresar racionalmente, y los antiguos, en su claridad característica, lo personificaban llamándolo "genius loci", o genio del lugar: un ser formado de cientos de microinformaciones que nos llegan del suelo, el paisaje, el movimiento de los árboles, el lenguaje de los pájaros. Lenguaje sutil y desconocido, cuyas claves tenían sólo los trovadores iniciados en la gaita ciencia del "trobar clus". Cataluña perdió su identidad como proyecto cultural en la desdi-

Ese algo profundo, sensible y cargado, es la fuerza que mana y refluye entre el hombre y la tierra, entre el indefinible genio del lugar y cada persona. Este fenómeno que pasa entre la tierra y el hombre ha tenido siempre por intérprete la sibila. En la gruta de Delfos, la pitonisa puesta en trance por los vapores telúricos recitaba en oráculos los sentimientos recibidos desde el fondo de la tierra. En la Edad Media, las sibilas anunciaban con su canto el espíritu de los tiempos. La mujer, sibila, virgen o pitonisa, pisa la cabeza de la serpiente, símbolo de la energía de la tierra y, al controlarla, la canaliza y la interpreta.

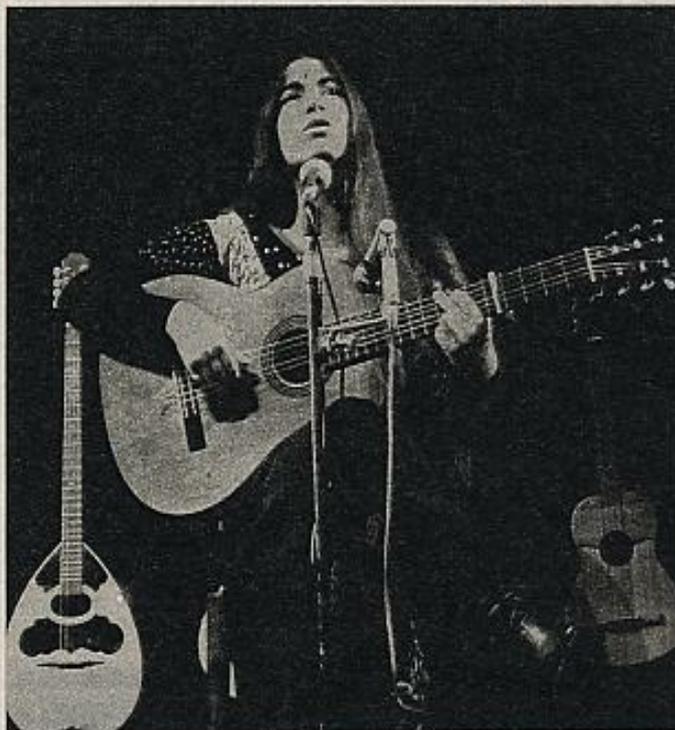
Cuando María del Mar canta "La Balanguera", la sencillez de su canción nos transporta a un tiempo donde las palabras to-

en espera del canto de una sibila, que venga a despertarlos. ■
LUIS RACIONERO

Elisa Serna en las horas difíciles

"Choca la mano", el tercer y último LP de Elisa Serna hasta el presente, fue publicado ya hace algunos meses, y el silencio más rotundo parece haberse abatido sobre obra e intérprete. Ciertamente es que el disco no goza precisamente de una altura incuestionable y de una coherencia asimismo irreprochable, pero tampoco, desde luego, merece la dura crítica del silencio, el desprecio más habitual para cualquier tipo de expresividad socio-artística. Por otra parte, ese trabajo se encuentra en la línea de los anteriores de la cantante madrileña, e incluso algunos pensamos que en un camino de acentuación y profundización de sus búsquedas formales: más rico que nunca a este nivel, más elaborado musicalmente, más cuidado a nivel de producción y arreglos. Pero sobre Elisa Serna, como de otros compañeros suyos de canción, se ciernen ciertamente algunos tópicos y juicios estrechos que les califican únicamente como "cantantes de la época de Franco", que en la represión sufrida en aquellos años tuvieron un papel, pero ya nunca más. Y es a estas opiniones apresuradas —a las que se ha sumado más de un importante medio de prensa, de numerosos cambios— a las que quiere responder la cantante: "No es cierto que se nos haya parado el reloj. Primero, porque las cosas no han evolucionado tanto como muchos creen, y siguen existiendo ciertas censuras, más o menos veladas, y problemas, de cara al pueblo llano, de todo tipo. Después, porque la canción puede y debe seguir jugando un papel de oposición y de denuncia. Y ese papel es difícil que se termine, mientras siga existiendo algo que sacar a la luz. Durante la 'democracia' se ha seguido matando a la gente en las calles, y se ha seguido explotando a las masas. Ahora bien, eso no quiere decir que no sea consciente de que una canción popular haya de buscar también su renovación y su adecuación a todos los niveles, especialmente el de forma, a las nuevas circunstancias".

La situación actual ha llevado a Elisa a una postura escéptica, de profundo desencanto, de grave decepción, que en los peores momentos, se traduce en un



María del Mar Bonet.

chada batalla de Muret, donde la maravillosa cultura occitana fue exterminada por la represión francesa y romana; volvió a perderla en 1715, y otra vez en 1936. Y cada vez esta identidad cultural tiene que recuperarla, no en los libros, que son información, o en los líderes, que son meros pararrayos, ni en el idioma, que es un nivel racional; sino en algo más profundo y emotivo, algo capaz de mover los niveles afectivos ancestrales, las memorias atávicas, codificadas en los genes y dormidas en el subconsciente colectivo de la raza.

man una densidad oracular: "com mes s'arrela, mes s'enlaira" y nos hace vislumbrar vagamente la sensación de las perdidas raíces de nuestra tierra, de la peculiar sensibilidad mediterránea, del monte rotundo y el ciprés agudo; del azul y el olivo, de paseos junto al mar entre el olor de las flores y el ruido del agua; de luces cernidas cuando el verano se acaba y fuentes apagadas en jardines dormidos. Emociones repetidas en docenas de generaciones y grabadas en la médula, llenando de recuerdos dormidos la in-creada conciencia de la raza,